ANUNCIACIÓN MISAL DEL CARDENAL QUIROGA

En el tomo segundo del Misal que encargó el cardenal Quiroga, en el folio 152, encontramos la inicial que da inicio a la fiesta de la Anunciación del 25 de marzo, iluminada por el pintor Juan de Salazar en 1592. El Misal en 10 tomos, copiado e iluminado entre 1583 y 1604, fue manuscrito sobre pergamino y constituye el último proyecto diríamos "romántico", a la antigua usanza, de una obra pintada y escrita a mano, en un tiempo en el que la imprenta llevaba ya un siglo de andadura y de publicaciones en serie.

Nos fijamos en el segundo tomo y lo abrimos en la fiesta de la Encarnación, nos encontramos la iluminación en torno a la letra inicial de la antífona. Para nuestro asombro, la explosión de color, de delicadeza y de belleza es absoluta.

Apenas se distingue un pretil en el que parece apoyarse María y que no es otra cosa que el recurso para lanzar la perspectiva en diagonal hacia el fondo y crear la sensación de espacio. Entre su figura y la de Gabriel el apunte del jarrón con azucenas, imprescindible detalle decorativo asociado a la virginidad y pureza de la mujer que va a ser anunciada.

La figura del ángel se sitúa a la izquierda porque inicia la acción y María se emplaza a la derecha porque la recibe. Nuestra mirada recorre la obra del mismo modo que las páginas de un libro, de izquierda a derecha. Con nuestro movimiento visual ayudamos a Gabriel a desplazarse, a entrar en escena y tomar la Palabra. Y tantas veces como entremos a posar nuestros ojos en cualquiera de los detalles, vuelve el ángel a llevarnos a María, de blanca piel, de delicadas formas, de modesta compostura, de estilizadas manos juntas, enmarcada por el verde dosel salpicado de oro.

El oro, color de la divinidad porque no se corrompe y porque irradia luz, está presente por toda la pintura trasladándonos a un ambiente de lujo exquisito. Lo mejor para Dios, para su liturgia y su alabanza. Los más dignos pigmentos y materiales y los más diestros artistas para expresar su presencia, para adentrarse en sus misterios.

El oro diluido en el temple enmarca la viñeta y se despliega en finos roleos sobre fondo rojo. También interviene con finísimo pincel en la firma con la J y la S de Salazar entrelazadas y la fecha de la obra, 1592, que se encuentra en la curvatura de la letra capital contigua al atril renacentista de la Virgen, así como en las hojas de acanto color melado que modela con pinceladas lineales y pequeñas rayas, cercanas a la técnica del puntillismo.

La figura de Gabriel se plantea de perfil con la mano izquierda elevada, como gesto de tomar la palabra. Él es el enviado del Padre, con poder. Su potestad se refleja en el cetro de mando que sostiene con la derecha, en torno al que se enrosca la filacteria que contiene el mensaje casi completo. Reza en latín: Ave María, Gratia plena DNS… que no se pierda ni una sola letra, el destino de la humanidad depende de esta misión, de ahí el empeño en escribir la salutación angélica con todas sus letras. Su ropaje es lujoso con alguna piedra preciosa, mangas abullonadas color mostaza, sobrepelliz entre púrpura y fucsia, y el efecto del movimiento y de las mangas al viento. Su rostro de nariz afilada y mentón prominente presenta un ojo rasgado y el labio apenas marcado línea de carmín.

María se encuentra dedicada a la lectura de las sagradas Escrituras que se abren sobre el atril de piedra decorado con grutescos. Repasaría las profecías de Isaías o Ezequiel: el Señor mismo os dará una señal: "He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y será llamado Emmanuel…" (Is 7,14). Viste los colores tradicionales según la iconografía mariana: el rojo o rosa intenso en su túnica, color de la sangre, de la humanidad puesto que ella es humana y no divina, y el azul en el manto, color del cielo, porque ha sido revestida del espíritu de Dios, ha sido envuelta en un manto de triunfo. El velo que con finas pinceladas blancas y transparencias enmarca su cabello recogido, hace alusión a su desposorio con José. Ha sido sorprendida por el ángel, se ha conturbado, pero su gesto no expresa

alteración alguna, sino que ha unido sus grandes y finas manos, porque ha seguido escuchando y tras el Anuncio del ángel ha respondido: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra". Nos encontramos en el momento culminante. María ha dicho sí, pero su aceptación no se manifiesta con una mano en el pecho, sino con ambas juntas para recogerse en oración y vivir desde la humildad y la entrega total la Encarnación del Hijo de Dios.

¿Cómo representar que todo un Dios entra en la carne, cómo expresar la explosión cósmica de la materia que se diviniza? Una tempestad entre las nubes se abre, para dar paso a la paloma del Espíritu Santo que derrama hilos de oro sobre la figura de María ¿Cómo contener en unos pinceles la materia del Verbo eterno que se está encarnando? La lluvia de oro fino la envuelve, circunda su cabeza, la toca, la empapa y la penetra ¿Como iluminar con unos puntos de luz al que es la Lux Mundi? La luz de Cristo no solo se manifiesta a través de los destellos de luz dorada que vibran como un oleaje en torno al rostro de María, y tiñen el dosel que la enmarca con verde cortinaje, sino que surge en las carnaciones de la piel blanca de la Tota Pulchra, en la mirada del enviado del cielo y en su mano poderosa que se alza para tomar la palabra con autoridad y entregar el mensaje divino; en el modelado de los volúmenes de los ropajes y en las hojas de acanto que se entrelazan. El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz, la creación entera ha recibido el destello del sol que nace de lo alto y que va a hacer morada en la carne de los hombres, para ser iluminados por dentro, para que la blancura de su piel hable de la pureza de sus almas.

Hágase en mí según tu Palabra, tu Palabra es oro, lluvia de oro fino, lluvia de bendiciones, tu Palabra, tu obra en mí no me quita cosas, no viene a importunarme, a complicarme la vida, sino a desbordarla de sentido, de riqueza, de santidad.

Eva escuchó al Maligno y dio crédito al acusador y padre de la mentira y dijo amén a su mensaje de Dios no te quiere, tiene envidia de ti, Dios no es amor, y comió y comulgó y se hizo una sola carne con esta mentira. Pero, al igual que Eva concibió por el oído la perdición, la nueva Eva escucha ahora la Salvación y por eso inclina el oído y se recoge sobre sí misma para escuchar la verdad de que Dios es amor, y viene a salvar a su pueblo de sus pecados.

Todo es belleza y todo es fiesta. El confeti es una lluvia divina de oro como la que Gedeón vio caer sobre su vellón sin mojarlo, prefigura del sello virginal de María. Es la fiesta de la Familia, está naciendo la Sagrada Familia, como toda Familia, con una historia de amor. Sabía el Padre eterno de nuestras batallas a muerte con Satanás enredando para separarnos a los esposos, para desquiciarnos con los hijos, para decirnos cada día que Dios no es padre amoroso, cuidadoso, atento, interesado por nosotros, que no existe, que estamos solos con nuestra incapacidad de amar. La entrañable misericordia de nuestro Dios, ha hecho que nos visite este sol que nace de lo alto, que se derrame el amor puro en la carne humana, que se encarne el Verbo eterno. El Emmanuel ha puesto su tienda entre los hombres, como este dosel verde esperanza que cubre a la Virgen y mientras se entretejen sus células en las entrañas de María, nuestra carne se anima porque de las maldiciones de Eva, de vivir la maternidad y el trabajo como un suplicio, de arrastrarnos entre el rencor y la indignidad podemos ser transfigurados y vivir divinamente como verdaderos hijos de papá Dios, en casa, donde todo lo suyo es nuestro.

Ante este regalo de tener a Dios con nosotros, ¡cómo no pedirte la humildad de María para entregarnos y dejarnos fecundar! Mueve nuestras entrañas en este año de la Misericordia. Engendra de nuevo a Cristo en nuestro interior, que tu Palabra nos fecunde para que nuestros frutos no sean de muerte, sino obras de vida eterna. Que María nos conceda lavar nuestras manos de la sangre de nuestras murmuraciones y juicios, bajarlas de la lucha contra ti y unirlas en oración, para rendirnos a tu voluntad y dejarnos hacer por ti. Hágase en mí según tu Palabra, Señor, hágase en mi casa, hágase en mi relación con el dinero, en mi mirada, en mis pensamientos, en mis afanes, en mi tiempo para la parroquia, en mi amor por tu Iglesia perseguida, en mis fuerzas para evangelizar.

Que el gozo de ser familia de Cristo, nos lleve a ser más fecundos en el amor.